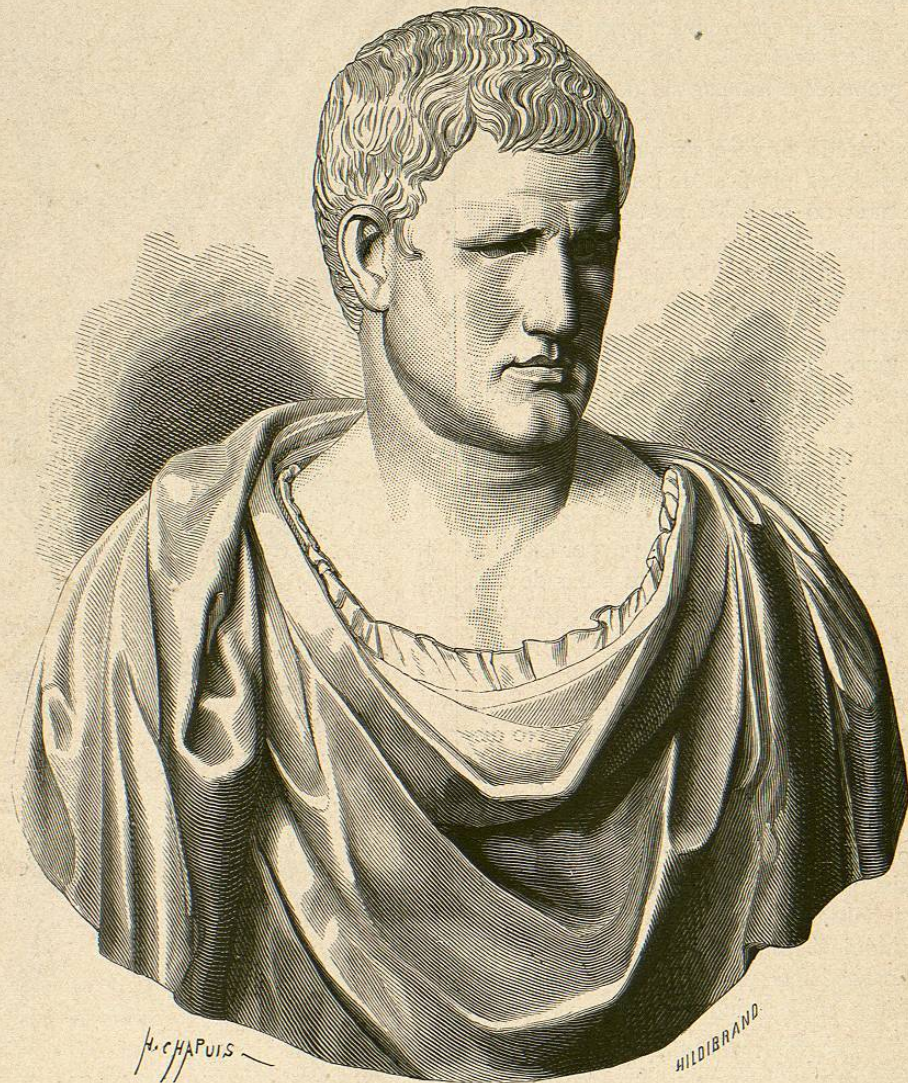


La conquista que liberó las ciudades realizó también la liberación de los individuos. Roma, que tuvo que luchar contra las clases inferiores, fué su libertadora. Empezó por librarlas de las obligaciones militares hacia sus patronos. En efecto, no podía tolerar junto á sus ejércitos los de particulares. Tampoco pudo admitir durante mucho tiempo la jurisdicción de los nobles sobre sus vasallos en detrimento de los poderes públicos, desde el gobernador hasta los magistrados de las

estas manifestaciones era muy legítimo, muy natural. De uno á otro extremo del mundo antiguo, los pueblos, por mucho que exploraran en el campo de sus recuerdos, no veían sino la guerra entre ciudad y ciudad, entre casa y casa, sin tregua ni compasión. En Oriente y en Occidente el espectáculo era el mismo y obedecía á iguales causas, pues en uno y otro punto engendraba aquel estado de cosas el régimen de las ciudades, allí realzado por el brillo de una cultura secular, primitivo



M. Vipsanio Agrípa. (Galería de los Oficios en Florencia.)

ciudades. El sistema de patronato, reducido así á relaciones de protección y deferencia, era muy parecido al de Roma y no impuso sino muy ligeros deberes, en la práctica de los cuales se mostraban los patronos muy benévolos. El desarrollo del comercio y de la industria, mejorando la situación material de las masas, contribuyó á emanciparlas.

De cuantos beneficios hizo Roma á la Galia, fué la paz el más señalado. La paz romana, *pax romana*, fué la fórmula mágica que allí como en otras partes triunfó de todas las resistencias y conquistó todos los corazones. Los testimonios de la general gratitud abundan en monumentos, inscripciones, documentos oficiales; pero no porque los conozca todo el mundo hay que quitar mérito á su sinceridad. El sentimiento á que obedecían

aquí y grosero, pero en todas partes sangriento y anárquico. Roma pacificó el mundo. Hubo aún guerras civiles, disturbios; pero no comparables á los desórdenes y miserias de otras épocas, y entre guerra y guerra motín y motín, períodos de reposo, paz profunda. La historia ha visto períodos más gloriosos que el de los Antoninos, un desarrollo más completo, una más rica expansión de humanas energías; pero no ha visto otro en que los hombres vivieran más tranquilos y dichosos.

Con la paz traía Roma la civilización. Acudía con las manos llenas de tesoros acumulados por una larga serie de generaciones: letras, artes, ciencias, filosofía; cuanto Grecia produjo, cuanto ella supo crear y mejorar. «Los galos, dice Fustel de Coulanges, tuvieron inteligencia bastante para comprender que valía más la

civilización que la barbarie. Antes se sometieron al imperio de la civilización que al de Roma. Para ellos ser romano era, no prestar obediencia á un dueño extranjero, sino compartir las costumbres, los estudios y los placeres de lo mejor y más noble de la humanidad.»

IV.—Las insurrecciones del siglo I después de J. C. (1)

Las causas que debían producir la reconciliación de los galos con sus vencedores no obraron con igual eficacia al mismo tiempo sobre todos aquéllos. Durante cerca de un siglo hubo todavía insurrecciones; pero ninguna de estas tentativas tuvo la gravedad que se les ha atribuido á veces. El odio á Roma y el deseo de independencia no fueron siempre causa de ellas, ni su móvil dominante. Fueron siempre parciales; la gran mayoría de la nación no se asoció á ellas y al cabo las condenó.

Las primeras rebeliones estallaron hacia el año 38 antes de J. C. La anarquía en que la muerte de César, en 44, sumió al mundo romano, alentó á los descontentos. Pero precisamente la anarquía tocaba á su término porque, desde 40, Octavio era el dueño indiscutido de Occidente. A él le tocó la tarea de pacificar la Galia. No conocemos muy bien tales movimientos, que duraron unos diez años. Los historiadores les dedican sólo algunas líneas. Otros sucesos llamaban su atención. Es de creer, sin embargo, que los hubieran mencionado más detalladamente si la obra de César hubiese llegado á verse seriamente amenazada.

Las insurrecciones se localizaron en ambos extremos del país, entre los aquitanos, nunca bien sometidos y que podían contar con el apoyo de los iberos transpirenaicos, y entre los belgas, cuyo temperamento belicoso se había gastado poco en la campaña de Vercingetórix. Las reprimió M. Vipsanio Agripa, el mejor general de la época. Era la tarea inferior á su talento; pero implicaba una mucho más vasta, cual era la de preparar la organización definitiva de la Galia. Agripa hizo la guerra en el Mediodía y en el Norte. Derrotó á los aquitanos en 38 y el mismo año pasó el Rhin. La guerra contra Sexto Pompeyo, que le llamó á Italia en 37, detuvo el curso de sus victorias. Algunos años más tarde, entre

33 y 30, C. Albio Carrinas reanudó las operaciones contra los aquitanos y tuvo que combatir además á los morinos. En 29 Nonio Galo sometió á los treverios. En 28 Valerio Mesala alcanzó una tercera victoria sobre los aquitanos. El triunfo que se le otorgó por tal causa en 27, fué el último celebrado á costa de los galos.

Durante cuarenta años la Galia permaneció tranquila. No quiere decir esto que todos los ánimos estuvie-

sen aquietados y el país satisfecho de su suerte. Las operaciones del catastro, que empezaron en 27 antes de J. C. y continuaron durante mucho tiempo, 27 ocasionaron una agitación que alguna vez se tradujo en motines. Las averiguaciones que entrañaba aquella operación eran harto minuciosas para que no degeneraran alguna vez en vejatorias. Se preveía que traería un recargo del impuesto, que era ya de por sí muy impopular y más aún por los abusos que engendraba. De



Octavio. (Museo del Louvre.)

todos los vicios de la administración republicana el peculado fué el que más tardó en extirparse y el que con mayor facilidad renacía. Había demasiados cómplices interesados en sostener á los culpables. El propio Augusto hizo la vista gorda acerca de los robos de su liberto Licino, procurador en Lyón. Primero pensó en castigar. Después se resignó á compartir el producto de aquellos robos. Para acudir al impuesto, ciudades y particulares recurrían á los préstamos. Las tres Galias fueron sucesivamente presa de los usureros, raza maldita que pululaba dondequiera á la sombra del nombre romano.

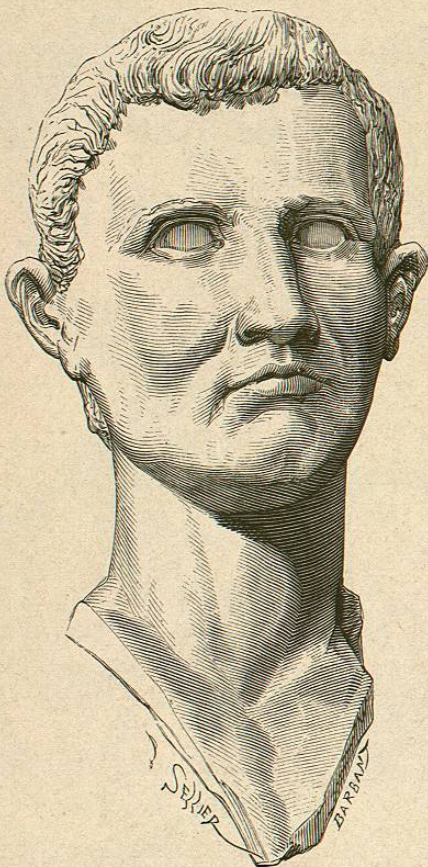
Extraño es que el descontento no estallara antes. Los reveses que experimentaron en diferentes ocasiones los ejércitos del Rhin, su sublevación á la muerte de Augusto, ofrecieron coyunturas favorables. Pero los galos ignoraban lo que podían esperar de los germanos y les espantaba la idea de entregarse á hordas indisciplinadas y ávidas de botín. Por tal causa no aprovecharon las ocasiones que se les presentaban. El gobierno se felicitó de la actitud que guardaron ante un riesgo que

(1) FUENTES.—Sobre las insurrecciones anteriores al 27 antes de J. C.: Apiano, *Guerras civiles*, IV y V. Dion Casio, XLVIII, XLIX y LI. Tibulo, *Elegías*, I, 7. *Fastes triomphaux Capitolins* en el tomo I del *Corpus inscript. latinar.*—Sobre los acontecimientos posteriores: Tácito, *Anales*, y particularmente III, 40-47, *Historias*. Suetonio, *Los doce Césares*. Plutarco, *vidas de Galba y Otón*. Dion Casio, LI-LXVI. Josefo, *Guerra de los Judíos*, II, 28; V, 26, 33, 35, etc.

OBRAS DE CONSULTA.—Amadeo Thierry, *Histoire des Gaules*, II. Fustel de Coulanges, *La Gaule romaine*. Barthélemy, artículo citado, párrafo 3. *Histoires de Duruy*, Schiller, Mommsen, citadas luego, al principio del libro tercero. Mommsen, *Der etate Kampf der römischen Republik*, Hermes, 1878.

provenía del exterior, y Germánico pudo alabar su lealtad á sus soldados insubordinados.

La rebelión estalló bajo Tiberio, 21 después de J. C. Tenía ramificaciones en todas partes, en el Norte como en el Centro. Los jefes del movimiento eran un eduo y un treverio, Julio Sacrovir y Julio Floro, pertenecientes ambos á la más alta nobleza, pertenecientes al ejército romano, ciudadanos de Roma, pero fieles, sin embargo, á su antigua independencia. Otros



Tiberio. (Gabinete de Francia.)

nobles les habían prometido su concurso. No fué, á pesar de ello, entre las filas de la nobleza donde la causa nacional reclutó más soldados. Los hombres que se alzaron en armas pertenecían casi todos á las clases populares. Hubo entonces como un despertar de aquella democracia que fuera el principal obstáculo de la conquista.

Produjo grande emoción en Roma la revuelta. Las oposiciones se complacían en aumentar su importancia. Se afirmaba que el incendio se propagaría por todo el Occidente. Ante aquellas aprensiones, simuladas ó verdaderas, Tiberio no perdió su sangre fría. Conocía la Galia y mejor que nadie podía apreciar la gravedad real del conflicto. Una cohorte enviada á Lyon bastó para someter á los andecavos. Algunas tropas destacadas del ejército del Rhin hicieron entrar en razón á turonenses y secuanos. No fué más difícil la sumisión de los treverios. Floro trató en vano de atraer á su causa un cuerpo de caballería reclutado entre los suyos. Pocos le siguieron. Desalentado por aquel contratiempo, se retiró á la selva de los Ardenas, erró algún tiempo á través de los bosques, y luego, al verse cerradas

todas las salidas, se suicidó. Quien le persiguió con más encarnizamiento fué Julio Indo, oficial romano como él y que de antiguo era su enemigo personal.

Sacrovir fué más afortunado al principio. Se apoderó de Autún y se hizo obedecer por la juventud noble que en aquella época acudía á las escuelas de la capital edua. Esperaba que por medio de aquellos rehenes se aseguraría el concurso ó la neutralidad de las principales familias. Su ejército era numeroso, pues contaba cuarenta mil hombres; pero la mayoría de ellos sólo estaban armados de espadas y cuchillos. Entre aquella masa y las dos legiones traídas por el legado Silio, la partida no era igual. Apenas hubo combate. Sacrovir, arrastrado por los fugitivos, volvió á la ciudad. Estaba fortificada y en situación de resistir un sitio. Los vecinos manifestaron de un modo tan claro su oposición á toda resistencia, que, con algunos leales, se encerró en una quinta que poseía en los alrededores, y pegándole fuego, pereció con todos los suyos (1). Tiberio no aceptó ningún honor por tan fácil victoria. Pero el recuerdo se perpetuó en un monumento erigido en tierra gala: el arco de triunfo de Orange.

A Tiberio sucedió Calígula (37 á 41). Visitó la Galia en 39. Su padre Germánico, su abuelo Druso, habían gobernado aquel país, dejando buenos recuerdos por los beneficios de su administración y por las victorias sobre los germanos. De él dependía aprovechar su popularidad y á su modo trató de lograrlo. Adoptó oportunas medidas. Instituyó concursos literarios en Lyon, é hizo construir en Boloña aquel faro colosal, que no era, como se ha dicho, un monumento elevado en su honor ni para perpetuar su nombre, sino una obra de gran utilidad pública. Aquellas medidas no surtieron, desgraciadamente, sus efectos, pues su falta de seriedad, sus caprichos crueles y pueriles, resultado de la locura que le aquejaba, los desvirtuaron.

Claudio (42-54) enmendó el mal. Nacido en Lyon mientras su padre Druso combatía al frente del ejército del Rhin, pertenecía también á aquella familia que tanto hizo por la Galia, y más que Calígula, supo seguir su tradición. La aristocracia senatorial le trataba de galo en broma y se escandalizó cuando propuso otorgar el derecho de ciudadanía á mayor número de provinciales. Después veremos el discurso que pronunció en tal ocasión (2) y que le hace gran honor. Debe recomendarle á nuestra simpatía y proteger contra injustos desdenes su memoria harto escarnecida. Claudio fué quien, adoptando el programa de César, se decidió á completar la anexión de la Galia por la de la Bretaña, y empezó, en 43, la conquista de la isla, consumada de 78 al 84 bajo Domiciano.

El reinado de Nerón (54-68) inauguró una crisis terrible. No vino á la Galia como Calígula. Su crueldad se dejó sentir á distancia. Se manifestó, sobre todo, por las rapiñas que permitió ó encargó á sus agentes. Los galos fueron los primeros que en el Imperio sacudieron tan ominoso yugo.

Se sublevaron en marzo del 68 á la voz del gobernador de Lyon, C. Julio Vindex. Este era galo, aquitano

(1) Era un rito galo. La casa del difunto se convertía muchas veces en su pira funeral. Perrón, *Les Tumulus de la vallée de la Saône supérieure*, «Revue Archéologique», 1882.

(2) Libro III, capítulo III, párrafo 1.º

y de estirpe real. Sus compatriotas le aclamaron y siguieron. Nada hizo, sin embargo, que pudiera parecer contrario á la dominación romana. Se contentó con relatar los crímenes é ignominias de Nerón. Influyeron sin duda algo en las adhesiones que halló, los deseos de independencia. Difícil es negarlo cuando se piensa en lo que ocurrió al año siguiente. Pero si comprendió aquellas esperanzas y quizá las aprovechó, no hizo nada para alentarlas ni compartirlas. No deseaba la caída de

á la monarquía, á la dinastía de los Julios y de los Claudios. La colonia de Planco, situada como un centinela de vanguardia en los confines de la antigua Provincia y de las comarcas recientemente incorporadas al Imperio, elevada por Augusto á la capitalidad de las Galias, permanecía fiel á su historia y á su origen. Desconfiaba de un movimiento en que los enemigos del príncipe reinante disimulaban apenas sus tendencias republicanas ó separatistas. Iguales síntomas contra la



Arco de triunfo de Orange, construído por Tiberio con motivo de la derrota de Sacrovir y Floro el año 21 después de J. C.

Roma, sino la del tirano y la de la tiranía. No pedía la supresión de la monarquía, sino su limitación. Anhelaba que estuviese subordinada al Senado. En tal sentido escribió á sus colegas de las provincias vecinas. El jefe más prestigioso para ponerse á la cabeza de la revolución era Sulpicio Galba, legado de la España citerior. Sus opiniones concordaban con las de Vindex. No rehusaba el Imperio; pero le repugnaba deberlo á una insurrección militar, y al principio se tituló modestamente teniente del Senado y del pueblo romano.

La Galia se dividió en dos campos. Las ciudades del Sur, del Oeste y del Centro siguieron á Vindex. El gobernador de la Lyonesa no tenía tropas bajo sus órdenes. Aquéllas levantaron y pusieron bajo su mando un ejército de cien mil hombres. Vienne declaró la guerra á Lyon, porque los lyoneses apoyaban á Nerón. Le agradecían la reedificación de su ciudad asolada por un incendio, y no olvidaban lo que debían á Roma,

revolución se advertían entre los pueblos del Nordeste, lingones, remos y treverios. No porque fueran adictos al emperador, sino porque compartían las simpatías del ejército acampado junto á sus fronteras y al cual daban gran número de reclutas. Esto produjo una gran solidaridad entre militares y paisanos. Tampoco el ejército estaba por Nerón, sin embargo; pero rechazaba un emperador impuesto por las legiones de España, menos numerosas, menos aguerridas y menos ilustres que la del Rhin. Tampoco quería abdicar ante las milicias galas, dirigidas por Vindex.

El oficial más prestigioso era L. Verginio Rufo, comandante de la Germania superior. De él dependía apoderarse del Imperio; pero prefirió mantenerse en la legalidad, esperando que el Senado le desligara de su juramento. En el fondo su ideal político no difería del de Vindex. Se comprendían uno á otro, pero pasiones ajenas les impidieron concertarse. Para complacer á sus

soldados, Verginio tuvo que marchar á la guerra. Entró en país de los secuanos y puso sitio á Besançon. Vindex acudió, y en vez de combatir, pidió una entrevista, que le fué concedida. Nada se supo de lo que pasó en tal conferencia. Sólo se averiguó que ambos generales se separaron amigablemente. Un convenio quedaba, pues, establecido ó muy cerca de estarlo, cuando una equivocación fatal desencadenó un violento combate. Los galos se creían autorizados para ocupar la plaza. Las legiones se imaginaron atacadas y empuñaron las armas. El ejército improvisado por las ciudades no po-



Druso. (Gabinete de Francia.)

día acometer. Veinte mil soldados galos cayeron en la batalla. Vindex vió su obra comprometida y asegurado el tirano. Se suicidó sobre los cadáveres de los suyos, y le lloró Verginio, y dejó en el ánimo de todos el recuerdo de un hombre tan grande por su carácter como por sus talentos (68).

Desesperó harto pronto. Un mes después llegaba la noticia de la muerte de Nerón. Galba se dirigió á Italia. Atravesó la Narbonense prodigando recompensas á sus partidarios y castigos á sus enemigos, ampliando los privilegios y reduciendo las cargas de las ciudades que se habían decidido por él, infligiendo severas penas á las otras, suprimiendo sus libertades, gravando los impuestos, confiscando las rentas, mutilando su territorio, no retrocediendo ante los suplicios. Aquella política odiosa é inepta hizo más profunda la división entre las dos partes de la Galia. En realidad nunca estuvieron bien unidas. Los belgas casi siempre obraron por su propia cuenta durante la guerra de la independencia. Su civilización no estaba tan adelantada como la de los celtas. Se reanimaron rivalidades y celos que parecían extintos. Ambos partidos cambiaron injurias y desafíos. Una última medida acabó de exasperar al ejército. Galba imaginó que, quitando su mando á Verginio, asegu-

raba su causa. No comprendió que la lealtad de aquel excelente ciudadano era lo único que contenía la animosidad de los soldados. Apenas se hubo alejado Verginio Rufo cuando el ejército proclamó emperador al legado de la Germania inferior, A. Vitelio, y marchó hacia la capital con el pretendiente que había escogido (3 enero del 69).

Los partidarios de Galba y cuantos se habían adherido á la causa de Vindex se aterrorizaron. Sus compatriotas eran numerosos en las legiones del Rhin, ya que muchos habían sido reclutados en las Galias del Centro y del Sur; pero al lado de las legiones había los auxiliares belgas y germanos. Las más ricas comarcas de la Galia estaban á su merced. Los instintos hereditarios se despertaron ante la presa. Los propios legionarios se contagiaron de aquellos odios y concupiscencias. Desde mucho tiempo el soldado romano no conocía otra patria que su bandera.

La resistencia era imposible. Por fortuna ocurrió un hecho que la hizo innecesaria. Galba, asesinado en Roma, fué reemplazado por Otón (15 enero 69). Comprometidos en favor de Galba, los galos no quisieron apoyar á su matador. Verdad es que Otón representaba Italia, Roma, el Senado. Por ello, y aun cuando pareciera como una nueva encarnación de Nerón, tenía secretas simpatías entre los más romanos de los galos. Tal ocurría en la Narbonense, esa otra Italia. Pero Otón estaba lejos y Vitelio avanzaba amenazador. Le acataron. La Galia se salvó así de una devastación total. No escapó indemne, sin embargo. Los vitelianos avanzaban divididos en dos cuerpos. El más numeroso, mandado por Fabio Valens, debía bajar por el valle del Saona y del Ródano. Una espantosa carnicería señaló su paso en el país de los mediomatrics, en Divodurum (Metz). La capital de los alobroges, la opulenta colonia de Vienne, debió su salvación á un rescate enorme. La ciudad de Luc, de los voconcios, evitó á igual precio el incendio. Al mismo tiempo Alieno Cæcina, al frente de otra columna, atravesaba el país de los helvecios. Quisieron éstos resistir y fueron entrados todos sus pueblos á sangre y fuego.

Se apoderó el terror de Italia. Jamás un ejército se había presentado de aquel modo. La recluta regional empezaba á dar sus frutos. Los celtas y teutones caían sobre el Mediodía como en tiempos de Mario y de Camilo. Cæcina se hizo nombrar cónsul. Pero con sus brazaletes y su collar de oro, revestido del sayo talar y de las bragas chillonas, parecía un jefe galo. Contra aquellos bárbaros adelantaban los pretorianos y demás fuerzas de Otón. Llegaron luego los orientales de Vespasiano, egipcios, sirios, gálatas, capadocios. Parecía que todas las razas se hubiesen dado cita para reñir tremenda batalla en las llanuras del Po.

Los ejércitos tenían un espíritu de cuerpo muy arraigado que no les permitía identificarse con las naciones de que salieron. Pero las naciones se agitaban tras los ejércitos. Cuatro emperadores sucediéndose en diez y ocho meses, la guerra civil desencadenada en Italia y en Roma, el Capitolio ardiendo, todo parecía anunciar el fin del Imperio. Movimientos separatistas más ó menos acentuados se produjeron en África, en el Ponto, en Iliria. Los bretones luchaban de nuevo. Los judíos persistían en su resistencia heroica. ¿Cómo no habían

de sublevarse todos los elementos de rebelión que aún guardaba la Galia en su seno?

Vitelio iba á Lyon cuando un boyo, un campesino, llamado Maricco, recorrió los cantones eduos proclamando que era dios y que iba á libertar la Galia. Reco-



Germanico. (Museo del Capitolio.)

gió cerca de ocho mil partidarios; pero fué derrotado, hecho prisionero y entregado por los habitantes de Autún, ayudados sólo de algunas cohortes. Así quedó justificada por segunda vez, y de un modo más completo todavía que cuando la rebelión de Sacrovir, la medida previsoramente que hizo substituir al ópido de Bibracto la ciudad romana instalada en las márgenes del Arroux.

De otra parte llegó el impulso decisivo. Entre los legionarios y auxiliares de Vitelio la armonía no era muy grande. Permanecían fieles al Imperio los primeros, limitándose á imponerle emperador. Los otros eran más galos ó germanos que romanos. No sólo eran menos disciplinados, sino que para con Roma antes se comportaban como aliados que como súbditos. Entre los cuerpos de auxiliares el más numeroso, valiente é indisciplinado era el de los bátavos. Estos, aun cuando adscritos á la provincia de Bélgica, eran germanos sin entronque. Eran privilegiados; sólo pagaban el impuesto de sangre, pero con exceso. Esto no hubiese desagradado á un pueblo belicoso; pero lo que le indignaba eran las vejaciones que le imponían los reclutados. De ahí continuos motines y una irritación profunda y constante. Vitelio les dió otro motivo de descontento enviándoles de nuevo á su país cuando estaban á las puertas de Italia, cuyas riquezas codiciaban. Suprimía de tal manera una causa de desorden en sus filas, pero activaba los acontecimientos que se preparaban á lo lejos, en Germania y de rechazo en la Galia.

Los soldados bátavos llegaban en ocasión oportuna para secundar los proyectos de un compatriota suyo.

Julio Civilis era uno de aquellos jefes de nacionalidad germánica, mal avenidos con la civilización y bárbaros en el fondo, que ostentaban los títulos de ciudadano y de oficial romanos. Empezó por explotar las discordias de que era testigo y fingió apoyar á Vespasiano contra las guarniciones renanas, fieles á Vitelio. Así pudo, sin romper con Roma, debilitar por medio de una serie de combates todas las guarniciones de la frontera. Aquella tarea era muy fácil desde que el grueso de las tropas había marchado al otro lado de los Alpes. Cuando Vespasiano hubo triunfado, comprendió Civilis que no le quedaba más recurso que subordinarse ó declararse enemigo de Roma.

Sólo era jefe de algunas bandas armadas. Las cohortes bátavas formaban el núcleo de sus fuerzas. Las demás las componían los caninefates, frisonos, usipios, bructeros, teucteros, catos, chocos, tribocos. En el fondo de sus selvas la profetisa Velleda predicaba la guerra y predecía el aniquilamiento de las legiones. No bastaba á Civilis mandar aquellas hordas bárbaras. Soñaba en más altos destinos. Consistía su ambición en fundar un reino del cual fuera su país el centro y que se extendiera por ambas orillas del Rhin.

Repitió á los galos las eternas promesas. Halagó su orgullo, recordó las antiguas glorias; enumeró, amplificándolos, los males que engendró la conquista, el peso de los impuestos, las exigencias del servicio militar, la dureza de los funcionarios romanos. Patentizó la debilidad de Roma, que era fuerte tan sólo por el apoyo de las provincias, que le proporcionaban sus ejércitos. Completó aquellas excitaciones con interesadas complacencias. Dió libertad y colmó de presentes á los oficiales galos prisioneros. Compartió su botín con sus

soldados, autorizándoles á volver á sus hogares á menos que prefirieran servir á sus órdenes. La Galia permaneció primeramente sorda. Los galos no estaban acostumbrados á mirar como amigos á los germanos, que á veces llevaban sus incursiones hasta el país de los menapios y de los morinos. Sin embargo, se advertían algunos síntomas inquietantes. En algunos puntos no se satisfacía el tributo. Los reclutas se atrevían á no acudir al llamamiento. Las ciudades del Nordeste eran presas de gran agitación. El advenimiento de Vespasiano no estrechó los lazos de amistad con el Imperio. Nada se sabía del nuevo emperador, sino que era el vencedor de Vitelio y que quería seguir las tradiciones de Sulpicio Galba.

La rebelión empezó en los campamentos. La indisciplina patentizaba la decadencia romana. El legado de la Germania superior, Hordeonio Flaco, quedó á la cabeza de ambas Germanias al ascender al trono su cole-



Calígula. (Museo del Vaticano)